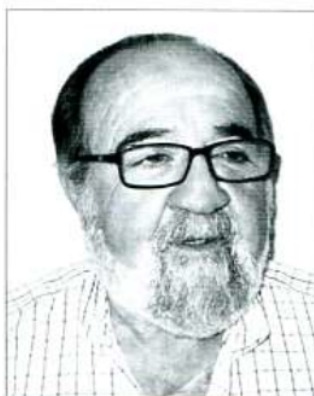


Materia / **Psicoterapia**

# Freud, felicidad, sufrimiento y realidad

Funciones, objetivos, crítica y encrucijada del psicoanálisis en la lucha del paciente por pasar del infortunio a la felicidad. El narcisismo como un punto de partida del malestar psicológico. La necesidad de adaptación de las terapias a la problemática y las presiones del hombre contemporáneo.

Por **HUGO LERNER** \*



**F**reud nos alertó acerca de que el objetivo del análisis tendría que ser transformar la miseria histórica en infortunio corriente o, si se prefiere, en infelicidad común (Freud, S. 1895). También nos señaló tres causas principales para el sufrimiento del ser humano: 1) problemas o limitaciones físicas; 2) catástrofes naturales; y 3) nuestras relaciones con otros seres humanos. Y en el Malestar en la cultura, consideraba que el sufrimiento que deriva de este último origen quizá sea más doloroso que cualquier otro: "Desde tres lados amenaza el sufrimiento: desde el cuerpo propio, que, destinado a la ruina y a la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos" (Freud, S. 1930).

Infelicidad, en alemán Unglück, es sinónimo de "in-

fortunio", que es la palabra que empleó en Estudios sobre la histeria, mientras que "felicidad", en alemán Glück, significa fortuna o buena suerte. Decimos que somos afortunados o que tenemos buena suerte cuando las cosas ocurren como nosotros queremos.

El Diccionario de la Real Academia Española define la felicidad así: "Estado del ánimo que se complace en la posesión de

un bien", y también nos dice en una segunda acepción que es "satisfacción, gusto, contento". La infelicidad, en cambio, es "desgracia, suerte adversa". Y para sufrimiento señala: "paciencia, conformidad, tolerancia con que se sufre algo", y agrega que equivale a "padecimiento, dolor, pena".

**SUFRIMIENTO, AUTOESTIMA, SUJETO E INTERSUBJETIVIDAD.** ¿La idea de felicidad o la de sufrimiento cambia con las épocas? Esta pregunta se relaciona con la discusión acerca de si ha cambiado el sujeto, si la producción de subjetividad cambia o no, si el sujeto de principios de siglo XX, por ejemplo, es el mismo de comienzos del si-

glo XXI. En mi opinión, el sujeto cambia según cambia el contexto. El hombre contemporáneo está mucho más acosado por distintas búsquedas para encontrar equilibrio en su narcisismo, para ver cómo se las arregla con su autoestima, para advertir qué le pasa en este contexto sociohistórico, en esta fluidez (Bauman) que hoy nos atraviesa.

Desde esta perspectiva, el psicoanálisis contemporáneo debería dar cuenta de aquellos sujetos que se sienten fragmentados, que sufren crisis de ideales, trastornos en la autoestima, porque están atravesados por un contexto convulsionado. Los argentinos somos expertos en esto, vivimos frecuentemente sumergidos en convulsiones socio-históricas y bien sabemos que no son gratuitas, que dejan marcas en cada uno de todos nosotros. Es un reto para nuestra disciplina intentar averiguar qué tipo de marcas dejan estas convulsiones en general y en cada sujeto en particular.

Antes hablé del equilibrio del narcisismo. Permítanme hacer al respecto un paréntesis. En "Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci", Freud decía que, curiosamente, Leonardo encuentra un objeto que es él mismo. Describe entonces la elección narcisista de objeto. Una fórmula más amplia diría que la elección narcisista no se produce simplemente cuando el yo se ve reflejado en un objeto, sino también cuando un objeto cumple funciones narcisistas para ese sujeto, ya sea para el sostenimiento de su identidad o de su autoestima; decimos, entonces, que es una elección narcisista porque si pierde al objeto algo le va a ocurrir al yo. En "Duelo y melancolía", Freud consigna que lo que diferencia un duelo normal de uno patológico es que en el primero se pierde un objeto, mientras que en el segundo, especialmente (y en especial en la melancolía), junto con la pérdida de objeto le sucede algo al yo. La pregunta es, pues: ¿qué era ese objeto para este sujeto? ¿Qué significación tenía ese otro?

Kohut, entre otros autores, planteó que estamos inquebrantablemente sostenidos en nuestra identidad, en nuestro proyecto de vida, en nuestra autoestima, no solo por la historia infantil sino también por la historia actual, por nuestro vínculo con los otros.

Hoy, siguiendo a diferentes autores, cuando hablamos de elección narcisista pensamos qué función cumple el objeto en la economía narcisista de ese sujeto. Retomo "Duelo y melancolía": ¿Qué le pasa a un sujeto cuando además de la pérdida de un objeto pierde el valor de su propio yo? Uno puede suponer que ese objeto no era solo un objeto con el cual ocurría una forma transaccional de realizar el deseo, sino que desempeñaba una función narcisista en cuanto sostén de la autoestima de este sujeto. Al perder al objeto se produce una fisura en el interior del sujeto, en el superyó y en el yo.

El modelo que Freud expuso en este trabajo no explica toda la psicopatología, pero nos permite indagar más a fondo el lugar que cumple el otro en la producción de la subjetividad. Nos resulta útil para entender, por ejemplo, por qué la relación con los demás da origen con frecuencia al sufrimiento.

Les propongo que hagamos una secuencia con estas características: imaginemos que un sujeto se siente mal porque perdió objetos especulares que le devolvían una imagen de valía, de "grandiosidad". En la constitución del narcisismo, necesitamos al otro; o sea, el narcisismo se construye en intersubjetividad, en los vínculos. La función de especularidad que cumple el otro significativo es central.

Por ejemplo, cuando una persona se jubila, frecuentemente se deprime porque ha perdido vínculos significativos, esas miradas de sus compañeros de trabajo que narcisizaban fuertemente al yo, que lo investían fuertemente. Entonces, el superyó no quiere mucho a este yo que ya tiene poca valía y se aleja mucho del ideal del yo que tuvo toda la vida. Podemos entender que la autoestima de estos sujetos esté en baja y que su identidad resulte convulsionada (dejo de lado los problemas económicos que esta situación acarrea, no porque no la considere sino porque no es el tema que quiero desplegar).

Estamos ante una problemática que me lleva citar textualmente a Hornstein (2002) en su libro *Narcisismo*: "Para que el paciente piense acerca de las causas que lo tienen deprimido, es necesario el investimento narcisista de su actualidad y también del futuro, de modo que el cambio y la alteración tengan sentido".

Siempre el mundo de los objetos sostiene de alguna manera al yo en su autoestima, en su identidad. Si los objetos fallan en esta función, se producirán diferentes tipos de sufrimientos.

Freud planteó que la autoestima es un criterio de amor o de valoración hacia sí mismo y que se relaciona con la historia de constitución de ese yo, con el modo en que ocupó un lugar la narcisización de ese yo. Apelando a Piera Aulagnier, diríamos que la madre no solo inviste narcisísticamente a un niño por lo que es, sino por lo que debe devenir.

Entonces -decía Freud-, está el narcisismo infantil. Pero si esto fuera todo, la autoestima dependería solo de la historia; y Freud agrega: no, la autoestima depende de la historia, pero también de los logros yoicos de acuerdo con el ideal de cada quien (Hornstein, 2008). Y para estos logros yoicos es fundamental contar con otros significativos que los convaliden, acepten y "crean" en ellos.

Los sufrimientos, por lo tanto, también tienen su origen o su explicación en las vicisitudes de la constitución del narcisismo. Por ejemplo: ¿qué le sucede a un sujeto que tiene ideales muy grandiosos y no los puede cumplir? Frente a esto, su yo queda ajado, entristecido. Ahí entra en juego el equilibrio de la autoestima, y si esta última ha sido muy vapuleada, serán inevitables el dolor y el sufrimiento.

Resumiendo: cuando nuestra autoestima está jaqueada, la reacción es de tristeza, de sufrimiento. De hecho, cuando Kohut habló de la chatura emocional -que podría asimilarse a la tristeza o el sufrimiento- la relación con un trastorno narcisista. Un sujeto que no puede construir proyectos sufre: está alterada su autoestima, su yo, su constitución subjetiva.

## El sujeto cambia según cambia el contexto, el hombre moderno sufre mayor acoso.

## CLASES MAGISTRALES

**CONTEXTO, SUFRIMIENTO Y LUGAR DEL TERAPEUTA.** Muchas veces, el sufrimiento está claramente relacionado con los acontecimientos sociales en los que el sujeto está inmerso. En épocas tranquilas, el contexto socio-histórico no tiene una incidencia tan fuerte como cuando el entorno social se encuentra muy convulsionado. Por ejemplo: la amenaza de pérdida del trabajo no atenta solamente contra la autoconservación, sino también contra la identidad. La pérdida de la autoestima convulsiona la estructuración psíquica. La mera amenaza de pérdida laboral trastorna el equilibrio de la autoestima y esto produce sufrimiento. Se crea así un círculo vicioso.

Suelo afirmar –apoyándome en palabras de Ignacio Lewkowicz– que es muy difícil construir un yo en arenas movedizas; quien lo tiene más o menos construido lo podrá conservar, pero nadie queda indemne ante los cimbronazos que provoca muchas veces la situación contextual ni exento del sufrimiento que conlleva.

Dentro de lo que llamamos “situación contextual” deben incluirse la violencia, la inseguridad, la falta de solidaridad, el temor a carecer de futuro, etc. Obviamente, en algunos sujetos estos escenarios producirán mayor sufrimiento y hasta cuadros patológicos, mientras que otros tal vez se sientan menos conmovidos, pero creo que nadie –repito– quedará ileso.

Sin dudas que el equipamiento psíquico de cada sujeto y cómo interviene su historia en su presente y su futuro –para no verlo solamente en términos de repetición sino también de qué proyecto puede armar un sujeto– ocupan un lugar central en todo esto y pueden generar o no un cuadro clínico, en producir mayor o menor sufrimiento. Nuestra intervención como analistas consistirá en dar lugar a un proceso de historización diferente, de modo tal que la palabra oída (ese resto mnémico que se genera en un vínculo terapéutico) haga que surja una nueva representación. Por ejemplo, si el sujeto ve amenazado su trabajo, lo peor que podemos hacer es generar intervenciones que puedan ser vividas como acusatorias y que lo hagan sentirse señalado como el responsable. Debemos aplacar su superyó, ayudarlo a construir una

cadena de representaciones menos autoincriminatorias. Sobre esto ya nos advirtió Freud en Esquema del psicoanálisis (1938).

En algún momento se creía que esto equivalía a “psicomototerapia”. No, hay un basamento teórico. A partir del Esquema empieza a cobrar coherencia cuál es la función de la interpretación y de nuestras intervenciones. No siempre debe apuntarse a lo “profundo”. Demos también un sentido práctico y técnico a lo que hacemos en la cotidianidad. En un proceso terapéutico, puede ser decisivo ofrecer apoyo y desculpabilizar al paciente.

Cuando viene un paciente con estas situaciones y contra-transferencialmente nos posicionamos en un lugar apropiado para darle este resto mnémico que lo calma, intentamos ligar determinadas representaciones

con otros restos de palabras, con otras huellas mnémicas. Si el psiquismo fuese un sistema cerrado, no habría posibilidades de nuevas inscripciones y deberíamos dejar de lado el psicoanálisis y consagrarnos a otra profesión. En estos sujetos, el superyó es a menudo tremendamente hostil y calmarlo resulta terapéutico.

Esto que estoy desarrollando también se vincula con la autoestima

y parecería simple a menos que lo complejizáramos, a menos que nos apartáramos de un concepto básico de autoestima y la considerásemos, como Freud, un compuesto (Hornstein, 2006). Tiene que ver, por un lado, con la historia de cada quien, historia de narcisización, quién fue ese niño para las miradas paternas; pero no solamente quién fue, sino también qué transferencias hicieron los padres sobre ese niño, qué enunciados identificatorios, qué representaciones y qué investimento narcisista hicieron de ese niño. ¿Acaso cuando jugaba al fútbol lo veían como a un Messi y si luego no se acercaba a ese ideal caían sobre él miradas y actitudes desvalorizadoras? A ese niño hay que acompañarlo, pues, de lo contrario, esa historia donde las funciones yoicas no fueron meros enunciados sino enunciados sostenidos mediante el ejercicio de ciertas funciones y el investimento por parte de los objetos primordiales, en primer lugar, después cumplirán ese rol los otros objetos y la cultura. ▶

Todo investimento  
narcisista va unido a  
un enunciado o a una  
propuesta identificatoria.

Cuando dichas funciones fallaron, existe la posibilidad de que el analista las ejerza. No hay que asustarse: esto no es mero "maternaje", sino que es parte del proceso de subjetivación (aunque el "maternaje" remite también en cierta medida a la subjetivación).

No es suficiente decir que un niño fue muy o poco investido, hay que considerar cómo lo fue, cuáles fueron las propuestas identificatorias que se le brindaron, dentro de qué trama se lo hizo.

El niño en desarrollo debe sentir que lo que él va creando o siendo tiene resonancia afectiva en la madre y también le provoca placer. Si esa madre cree que el niño tiene que formarse a imagen y semejanza de ella, podrá invertir las diferencias entre ambos como algo negativo (Winnicott). Cuando me refiero a la madre lo hago para abreviar, ya que en rigor se trata de los padres, de la trama edípica total, y lo que está en juego no es solo lo que desean, sino cómo lo relatan, cómo se materializa ese deseo en su vínculo con el niño.

Todo investimento narcisista va unido a un enunciado o a una propuesta identificatoria. Es de suma importancia tener en cuenta esto último en un proceso analítico. En última instancia –y no solo en situaciones regresivas–, el paciente es como un "niño"; de ahí ha derivado muchas veces, cuando un terapeuta ofrece una propuesta identificatoria, el mote de "maternaje". Aunque esté de más aclararlo, esto no implica que el analista pretenda que el paciente se le parezca.

Resumiendo: todo sujeto está sostenido por su historia, sus logros, sus vínculos y sus proyectos. Es trabajo del analista navegar por estos cauces con cada paciente.

La situación socio-histórica sostiene la autoestima; el contrato narcisista (Aulagnier). Las tramas y la urdimbre social que se instauran entre los diferentes sujetos de una sociedad harán que cada cual se valore o no, y generarán o no sufrimiento.

Fundamentalmente en "Análisis terminable e interminable", "Construcciones en el análisis" y "Moisés y el monoteísmo", Freud concluye afirmando que el análisis tiene por tarea fortalecer al yo, y esto no quiere decir volverlo más adaptado a la realidad actual, sino permitirle que tramite de mejor manera los conflictos. En esta tarea, es crucial y es parte del proceso terapéutico que quien consulta salga de la encerrona que le impide invertir el futuro. Y con esto aludimos no solo a la historia individual, sino también a lo histórico social, a los vínculos entre los cuales incluimos necesaria y esencialmente el vínculo terapéutico [...]

**EL PSICOANÁLISIS ESTÁ EN UNA ENCRUCIJADA.** Ya comenté en otro escrito (Lerner, 2003) que a nuestra disciplina se le formulan peticiones desde distintas perspectivas y lugares. Tomemos, por ejemplo, la demanda sobre sus fronteras de aplicación, que atraviesa su práctica desde hace ya tantos años.

Cuando Freud creó el psicoanálisis, lo juzgó aplicable únicamente a las neurosis. Es indiscutible que ahora estamos más asediados por los cuadros fronterizos, los trastornos narcisistas, los pacientes del vacío. Los

sufrimientos no son nuevos, son distintos o tienen distintas causas.

Hoy el sujeto está frágil, débil. Con todo esto nos toca lidiar en la actualidad. Esta demanda, proveniente de situaciones clínicas que antes no eran abordables –por las limitaciones teóricas de entonces– o no existían, operó para que las teorías se expandieran, y la aplicación de las mismas siguió sus pasos. Nuestra práctica y nuestra técnica fueron variando, no se mantuvieron iguales a lo largo del tiempo.

Las fronteras y los dispositivos del psicoanálisis se fueron ampliando. Por ejemplo, muchos colegas se encuentran dedicados desde hace años a extender y aplicar los conceptos psicoanalíticos a todos los campos de la práctica en que se desarrolla nuestro trabajo, como el psicoanálisis de pareja y familias, campo en el que se constata claramente que muchas veces el sufrimiento tiene su origen en la relación del sujeto con los otros.

Si consideramos –como venimos desarrollando– que

la constitución subjetiva deriva no solo de lo pulsional, sino también de la cultura y el contexto socio-histórico en que se deviene sujeto, resulta inevitable pensar que la política, la economía, los hechos históricos-sociales y sus vicisitudes impactarán fuertemente y hasta con violencia en las personas, y que el sufrimiento de estas últimas tendrá frecuentemente relación con su entorno.

Hoy, quienes solicitan tratamiento psicoanalítico están más cerca de la desesperación, el vacío, la angustia, la depresión. La demanda pasa casi exclusivamente por la necesidad de ayuda. El sufrimiento es algo más que una amenaza, es una presencia. Muy pocos (excepto tal vez en algunos sectores sociales) visitan a un psicoanalista para ver "cómo anda su vida". El psicoanálisis está claramente entramado con los sufrimientos actuales y estos están imbricados con el contexto social. Hace muchos años, el psicoanalista atendía en general a pacientes con cuadros neuróticos y otros que entraban en la categoría de los "casi-colegas". En la actualidad, los sujetos que nos demandan atención, con "sus partes psicóticas, sus escudos narcisistas, sus self grandiosos, su pensamiento operatorio y sus defectos alexitímicos [...] parecen muy diferentes de los clásicos neuróticos "de la belle époque" (McDougall, 1987).

El psicoanálisis, como cualquier otra práctica social, varía de acuerdo con los distintos contextos sociales en los que se desenvuelve.

Muchos psicoanalistas nos hemos formado con una concepción diacrónica del sujeto, mientras que el mundo actual nos enfrenta a un pensamiento sincrónico, ligando lo presente e inmediato. En los orígenes de nuestra disciplina se juzgaba el sufrir más términos de conflictos; hoy es usual que situemos los sufrimientos en función de lo que falta, de lo que no está y de la urdimbre que se teje entre el sujeto y su contexto. ●

\* MÉDICO psiquiatra y psicoanalista, vicepresidente de la Fundación de Estudios Psicoanalíticos, co-autor y compilador de "Los sufrimientos" (Psicolibro Ediciones).

### El mundo de los objetos sostiene de alguna manera al yo en su autoestima, en su identidad.